

Historias y retratos
de un lugar irrepetible

Francesc
Ribes

LOCOS POR LA COSTA BRAVA



ANAYA
TOURING

Historias y retratos
de un lugar irrepetible

Francesc
Ribes

LOCOS POR LA COSTA BRAVA

ANAYA
TOURING



En la Costa Brava se han llevado a cabo algunas cosas de gran categoría que hacen un auténtico honor a su paisaje. Otras no han sido tan afortunadas. Sin embargo, a pesar de todos los esfuerzos realizados para desvirtuarla, la Costa Brava, si se sabe mirar con ojos de autenticidad, conserva toda su gran belleza, todo su incentivo de fascinación intacto.

Josep Pla, *Costa Brava*

Si en el país o en el extranjero alguien cree que la Costa Brava no es más que un producto reciente del turismo y para el turismo, se equivoca.

Esteve Fàbregas i Barri, *Vint anys de turisme a la Costa Brava*

He recorrido muchos mares y dudo de que existan en el mundo lugares comparables en belleza a la parte de costa que se extiende entre Blanes y la frontera francesa, ni que, como la Costa Brava, proporcionen a los que aman el mar tan agradables sensaciones.

Paul Fidrmuc, *Una piragua en la Costa Brava*

... en la Costa Brava hay tipos así, escapados de la gran novela de la vida, que se han quedado aquí prendidos y prendados.

César González-Ruano, *Nuevo descubrimiento del Mediterráneo*



SUMARIO

PRÓLOGO. UNA COSTA SIN IGUAL ~ 8

DONDE FLORECE EL LIMONERO ~ 18
Blanes

EL HOTEL DE LOS INGLESES ~ 34
Tossa de Mar

VACACIONES PARA JÓVENES NAZIS ~ 54
Sant Feliu de Guíxols

COMO HACE UN SIGLO ~ 68
S'Agaró

MÁS DE 39 ESCALONES ~ 82
Calonge i Sant Antoni

EL REFUGIO DEL CAZADOR ~ 92
Calonge i Sant Antoni

LOS ÚLTIMOS DÍAS FELICES ~ 100
Palamós

UN PARAÍSO A MEDIDA ~ 122
Palafrugell

NUESTRO HOMBRE EN TAMARIU ~ 144
Palafrugell

PASIÓN POR EL JAZZ ~ 160
Begur

GUERRA FRÍA BAJO EL SOL ~ 174
Pals

LOS PRIMEROS FORASTEROS ~ 192
L'Escala

LA CONEXIÓN CÓSMICA ~ 208
Cadaqués

ÍNDICE ONOMÁSTICO ~ 227

BIBLIOGRAFÍA ~ 232

AGRADECIMIENTOS ~ 235

UNA COSTA SIN IGUAL

Los 214 kilómetros de litoral entre Portbou y Blanes podrían haberse llamado Costa Oriental o de Levante, por ser el tramo situado más al este de la Península; o Costa de Coral, porque fue esta su mayor riqueza durante siglos; o Costa Roja o Bermeja, en consonancia con su prolongación al otro lado de la frontera, la occitana Côte Vermeille; o Costa Griega, en honor a sus primeros visitantes. Pero el nombre que cuajó fue Costa Brava, y se atribuye al periodista Ferran Agulló, quien la bautizó así en 1908 en una serie de cuatro artículos publicados en 'La Veu de Catalunya', quizá por ser tan agreste como la costa del mismo nombre en la sierra de Tramuntana (Mallorca), quizá por la similitud fonética con la Costa Azul (Blava, en catalán) francesa. En cualquier caso, aquella costa «sin igual en el mundo» que loaba el periodista atraería pronto a gente igualmente irrepetible.

Agulló tenía en mente el modelo de la Côte d'Azur, bautizada en 1887 por el abogado y escritor Stéphen Liégeard, cuando la costa mediterránea de Francia ya era un reputado lugar de veraneo. Si en el primer artículo Agulló sentó las bases de la literatura turística (tipismo, encanto, paisajes salvajes...), en los siguientes denunció la falta de infraestructuras (carreteras, trenes, hoteles) que facilitaran la llegada de visitantes interesados en explorar tan exótico lugar. Y como si adivinara el futuro, concluía: «... la salvación de muchos pueblos de la Costa es la industria de los forasteros, de la cual viven no solo algunos pueblos, sino naciones enteras, como Suiza». A promover esa industria contribuyó la Mancomunitat de Catalunya, una institución lejanamente autónoma y de efímera existencia (1913-1925) que, no obstante, dejó un importante legado social y cultural antes de ser desmantelada por la dictadura de Primo de Rivera.



Otra dictadura, la de Franco, impulsaría el *boom* turístico que vivió todo el litoral de España a partir de los años cincuenta. En 1964, «Costa Brava» fue uno de los primeros nombres inscritos en el Registro de Denominaciones Geoturísticas creado ese mismo año por el Ministerio de Información y Turismo, que en aquellos años comandaba Manuel Fraga. Por entonces, el mito o la personalidad del lugar ya se había consolidado, y ni la urbanización indiscriminada lograría borrar las muchas capas que había ido acumulando esa identidad y que he tratado de que asomen en este libro. La densidad y diversidad históricas, económicas, humanas, culturales, geográficas y cuantas disciplinas quieran añadirse, explican que la Costa Brava haya sido objeto de tantos estudios, y que los investigadores sigan encontrando aspectos novedosos en las tres comarcas que la forman —de sur a norte, La Selva, Baix Empordà y Alt Empordà— y en quienes la habitaron o habitan.

LA GEÓGRAFA IMPENITENTE

Pese a los años transcurridos, el punto de referencia para quien analice la evolución histórica y social de la Costa Brava sigue siendo *Le paysage humain de la Costa Brava*, la minuciosa tesis doctoral de Yvette Barbaza (1914-2009), publicada en Francia en 1966 y traducida al catalán en 1988 (y todavía sin traducir al castellano). Su investigación es un ejemplo de la obstinación que parece adueñarse de quienes echan raíces en esta costa. En las páginas siguientes afloran ejemplos de personas que invirtieron gran parte de su vida en hacer realidad un sueño, por peregrino que fuera. Yvette Barbaza, geógrafa de profesión, no les fue a la zaga. Durante cerca de una década se pasó los meses de verano recorriendo una y otra vez los pueblos de la Costa Brava en una moto pilotada por su marido, hablando con los lugareños e inspeccionando bibliotecas públicas y privadas; los inviernos, en París, poniendo orden en la información recabada, y las vacaciones de Navidad y Pascua, de nuevo en España, escudriñando los legajos del Archivo de la Corona de Aragón, entre otros. El resultado es un monumental estudio sobre un lugar que ya no existe. La Costa Brava que conoció Barbaza en los años cincuenta, y que la subyugó por su belleza —«Nunca había visto nada igual. Nunca vi luego nada igual», declaró en una entrevista en 1995— se transformó y, en muchos aspectos, se cumplieron sus predicciones. En una entrevista concedida al periódico *Los Sitios de Gerona* en agosto de 1965, Barbaza declaró: «Existe en la actualidad una clara tendencia a los rascacielos. Creo que es un error porque el Mediterráneo no es marco para la línea vertical. Aquí hay que seguir el ejemplo de la antigua Grecia: la horizontalidad. Como estoy segura de que no se tendrán

en cuenta estos elementales principios arquitectónicos y que rápidamente los colosos de cemento invadirán la primera línea de la costa [...], estimo que el Gobierno debería acotar una zona destinada a Parque [...] y así dentro de muchos años las nuevas generaciones tendrían una idea exacta de lo que había sido la Costa Brava, pues a este paso desaparecerá». Los parques naturales del Cap de Creus, Aiguamolls de l'Empordà y Montgrí, Illes Medes y Baix Ter parecen hoy responder a esa advertencia, pero al final de su monumental obra, la geógrafa reconocía otra realidad: «Los elementos legados se borran como la escritura antigua de los palimpsestos. Pronto, la vieja costa gerundense, diversa y múltiple, maravillosa e ignorada, no será más que un recuerdo. Pero la joven y triunfante Costa Brava, unificada por el turismo y conocida en todo el mundo, le deberá [...] ese encanto insustituible que la secreta presencia del pasado confiere a los países muy antiguos». Quizá ese paraíso se perdió, pero sin duda aún sobrevive en la memoria.



Playa de Tamariu hacia los años cincuenta

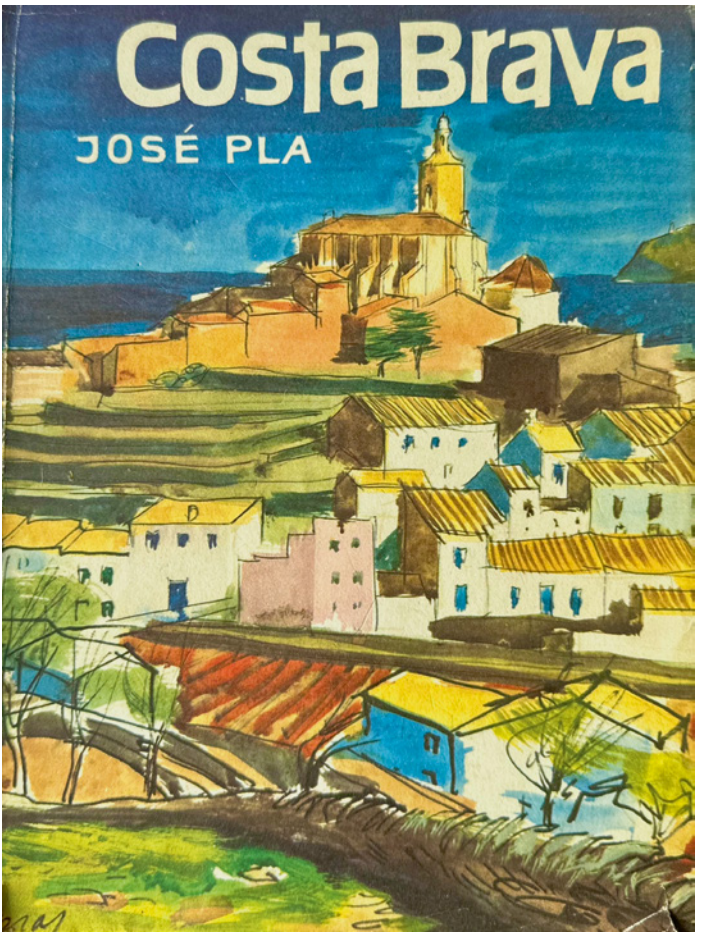
EL GRAN CRONISTA

La Costa Brava que antaño vivió de la navegación cuando Carlos III liberó el comercio con América, de la construcción de barcos, de la viña y de la industria del corcho encontró su salvación en el turismo. Cuando Yvette Barbaza leyó su tesis, a mediados de los años sesenta, la Costa Brava ya recibía cerca de un millón de turistas extranjeros al año. Hoy rondan los ocho millones, que se distribuyen en un elevado número de núcleos turísticos, algunos tan desmesurados como Lloret de Mar o Platja d'Aro, y otros tan aparentemente tradicionales como Calella de Palafrugell o Cadaqués, verdaderos iconos de la promoción turística de Cataluña. En temporada estival, solo los más madrugadores consiguen aparcar cerca de las calas más conocidas, y en las que son inaccesibles por tierra se forman verdaderos atascos de lanchas motoras que apenas salen al mar un mes al año. Pero en invierno el panorama cambia radicalmente. A pesar de los esfuerzos de las autoridades por desestacionalizar el turismo, lo cierto es que muchos pueblos costeros siguen pareciendo desiertos en pleno invierno y solo los pocos afortunados que residen en ellos todo el año —o que pueden permitirse el lujo de veranear en invierno— disfrutan de un silencio «indescriptible», como diría Josep Pla.



Calella de Palafrugell

El genio de Palafrugell es el cronista más actual y prolífico que ha tenido la Costa Brava, pero no el único. Desde mucho antes de que Ferran Agulló le pusiera nombre, esta costa mereció cantos y alabanzas de muchas plumas locales, como, por ejemplo, Joaquim Ruyra desde Blanes o Caterina Albert desde L'Escala. También fue de las primeras zonas de España en contar con guías turísticas propias, empezando por la *Guía ilustrada de las ruinas de Ampurias y Costa Brava catalana* (1913), la primera que usó el nuevo topónimo, escrita por el arqueólogo Manuel Cazurro Ruiz e ilustrada con fotografías de Josep Esquirol; siguiendo con *La Costa Brava. Àlbum guia* (1925), editada por el Ateneu Empordanès, y culminando con *Costa Brava*, de Josep Pla, acaso la más completa, entretenida y literaria, reeditada varias veces desde su primera



Edición de la guía que escribió Josep Pla en 1964

publicación en 1941. Respecto a los cambios que ha implicado el turismo, bueno es recordar lo que afirmaba Pla en el prólogo a la quinta edición (1964) de su guía: «... los nativos de este país hemos visto, más o menos asombrados, cómo este litoral se iba transformando, en realidad, cómo se iba transmutando. Desarrollar sobre este fenómeno juicios de valor es innecesario. Yo no sé si la Costa Brava de hoy es mejor o peor que la que conocimos y vivimos hace solamente unos años. Lo que digo es que es absolutamente diferente, literalmente distinta, de relación incomparable».

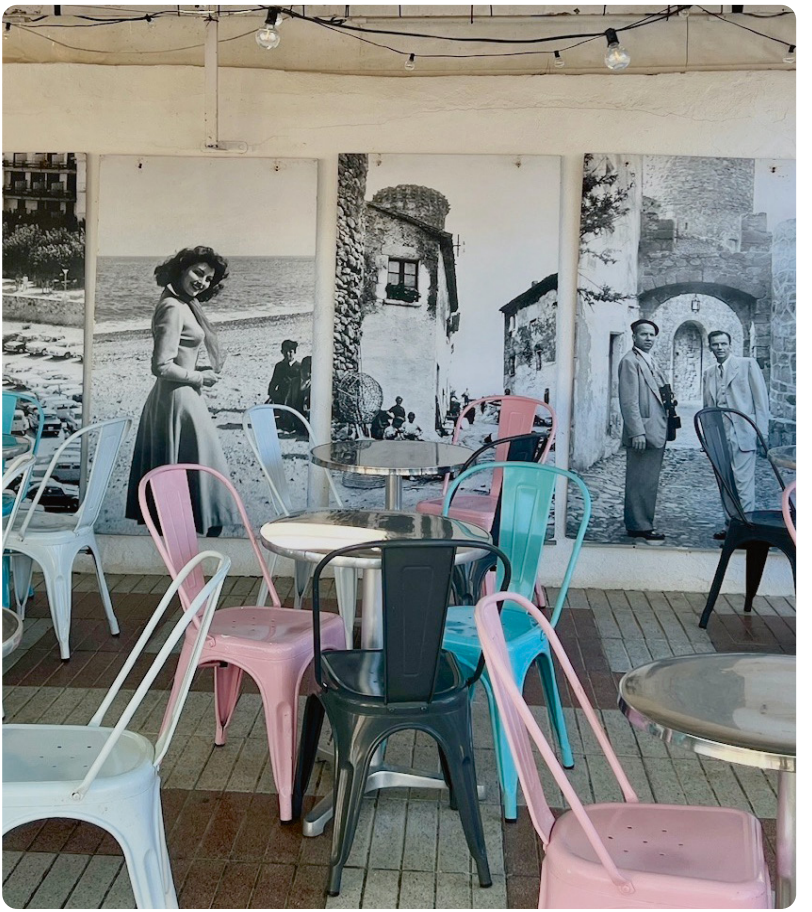
Aun siendo diferente, en la Costa Brava de hoy se distinguen múltiples capas, como estratos geológicos que se superponen e interrelacionan. Museos como el del Corcho de Palafrugell o el de la Pesca de Palamós conservan la memoria de las actividades que ocuparon a buena parte de su población, atrajeron a los primeros extranjeros o fueron el origen de grandes fortunas que construyeron las primeras casas de veraneo frente al mar, al lado de las que levantaron quienes hicieron fortuna en América y regresaron cuando se perdieron las colonias, o los propietarios arruinados por la filoxera que emigraron a la ciudad y en cuanto pudieron volvieron al pueblo para rehacer su hacienda. Ellos fueron, en definitiva, los primeros veraneantes de la Costa Brava, los pioneros de un turismo que se quería de lujo, como en la Costa Azul, y acabó siendo predominantemente de clase media, aunque perviven espacios de máxima exclusividad.

REFUGIO DE ARTISTAS

La llegada de la burguesía acomodada de Girona, Figueres y, más tarde, Barcelona, fue contemplada con cierto estupor por la población local, escasa, dispersa y enfrascada en la lucha diaria por sobrevivir. Quienes tuvieron ocasión, abandonaron las redes y el arado para atender a los nuevos y acomodados visitantes, enviaron a hijos e hijas a que formaran parte de su servidumbre, improvisaron merenderos, o habilitaron las primeras fondas y pensiones. Estas personas fueron las pioneras del potente sector hostelero actual, y el rastro de sus actividades anteriores hay que buscarlo en la literatura o la fotografía. La facilidad con que asumieron esos nuevos roles indicaba que tenían prisa por dejar atrás una vida de estrecheces, pero ello no evitó que, a principios del siglo XX, muchos creadores cayeran en la tentación del primitivismo, es decir, la idealización de una vida sencilla y en contacto con la naturaleza.

La relación y variedad de literatos, pintores, fotógrafos y demás artistas que pasaron por o vivieron en la Costa Brava es interminable, y en este libro asoma una muestra destacada, pero inevitablemente reducida. La mayoría de los artistas plásticos se concentró en Tossa de Mar y Cadaqués, desde los pai-

sajistas de principios del siglo XX hasta las vanguardias de entreguerras, que culminan en el universo daliniano, mientras que los escritores estaban por todas partes. Muchos vivieron aquí durante años o meses, pero no en todos dejó huella la costa ampurdanesa. Truman Capote es el más citado en los últimos años, aunque no dedicó ni una línea a la Costa Brava; tampoco Tom Sharpe, pero el británico siempre enalteció su plácida vida en Llafranc (Palafrugell), donde residió hasta su muerte, al igual que Roberto Bolaño, vecino de Blanes durante muchos años, o Patricia y John Langdon-Davies, reportero él y escritora ella, que se instalaron en Sant Feliu de Guíxols en los años cincuenta y alumbraron un buen número de libros acerca de la cultura catalana. Sin duda, merecerían un capítulo en este libro dedicado principalmente a quienes se enamoraron de



Fotos del pasado decoran un bar de Tossa de Mar

la Costa Brava, pero he preferido prestar atención a otros menos conocidos, como Nancy Johnstone, de cuya increíble vida apenas se sabía nada hasta que sus libros se tradujeron hace poco más de una década, o Robert Ruark, periodista famosísimo y cotizadísimo en los años cincuenta y sesenta, y hoy apenas recordado.

FIGURAS PERIFÉRICAS

La peripecia vital de Nancy Johnstone nos asoma a otra realidad de la Costa Brava: la estela que dejaron la guerra civil española y la posterior guerra mundial en una zona que era tierra de paso desde que unos colonos griegos desembarcaron en el golfo de Roses en el siglo viii a.C. Por las carreteras de Girona pasaron miles de refugiados que trataban de alcanzar la frontera con Francia,



Nicholas Woevodsky y Dorothy Webster en su barca

incluida mi abuela con mi padre recién nacido en brazos (¿en qué familia no hay un antepasado que trata de huir del horror?). Muchos apenas sobrevivieron al exilio, como Antonio Machado o Manuel Azaña; también quienes, a los pocos meses y en sentido inverso, escapaban del avance alemán con la intención de abandonar Europa pasando por España, como Walter Benjamin, que murió en un hotel de Portbou en 1940. Quizá nunca conozcamos en toda su dimensión el drama infinito que vivieron aquellos refugiados a uno y otro lado de la frontera, miles de personas anónimas y derrotadas cuyas tragedias podemos intuir gracias a testimonios como el de Nancy Johnstone.

La guerra civil y las dos mundiales interrumpieron planes de desarrollo en la Costa Brava, como los proyectos de ciudad jardín, que solo fructificaron en el caso de S'Agaró; fueron la causa indirecta de la llegada de singulares inmigrantes, como los Woevodsky, o directa, como Paul Fidrmuc, el espía alemán que, como tantos otros, halló refugio en nuestras costas. Las penalidades de la guerra —las que obligaron a convertir el jardín botánico de Blanes en un huerto para poder alimentarse— se esfumaron entre sedas y cócteles merced al glamur que se apoderó de la Costa Brava en los años cincuenta. Las aventuras y el rico anecdotario que dejó el *star system* de Hollywood a su paso por aquí es bien conocido y por ello apenas se menciona en este libro, y quienes mejor lo conocen son quienes regentaron sus alojamientos de referencia, como los hoteles Trias (Palamós) y el Hostal de La Gavina (S'Agaró). Prefiero detenerme en figuras periféricas, quizá no tan famosas, pero más apegadas a la Costa Brava, como el clarinetista Artie Shaw, que vivió unos años en Begur, lejos de los focos, o Madeleine Carroll, estrella del Hollywood clásico y residente durante décadas en Sant Antoni de Calonge. Todo esto ocurrió en plena Guerra Fría, en la que prosperó otra clase de locura —la amenaza del apocalipsis nuclear— y la información se convirtió en un arma en manos de las ideologías imperantes. También aquello dejó huella en la Costa Brava, en las inmensas antenas de Radio Liberty, cuyas dependencias, abandonadas desde hace años, muestran un inquietante desinterés por el pasado. Así nos va.

Por último, es preciso insistir en que los locos, y las locas, por la Costa Brava fueron casi siempre gente que amaba la vida y la libertad, y que creyeron que aquí podrían hacer realidad sus sueños. Algunos lo consiguieron, otros equilibraron la balanza entre alegrías y sinsabores, y algunos pasaron de la euforia al dolor más profundo. Entre los muros de Mas Juny, por ejemplo, se registraron casi todas las formas del drama y la comedia, su historia y la de quienes lo poseyeron es casi una síntesis de cuanto ha ocurrido en la Costa Brava en el último siglo, pero quienes amamos esta sucesión de acantilados y playas seguimos buscando nuevas historias que desenterrar, porque a buen seguro que las hay.



DONDE FLORECE EL LIMONERO

Blanes

Carl Faust podría haber pasado a la historia como un discreto emprendedor que hizo fortuna en la Barcelona de principios del siglo XX, pero nunca se sintió cómodo con el destino que su familia le había trazado y, en cuanto cumplió cincuenta años y tuvo sus negocios encarrilados, decidió dejarlo todo para dedicarse a lo que realmente le apasionaba desde niño: la botánica. Gracias a personas como él, algunos de los acantilados más bellos de la Costa Brava lograron salvarse de la depredación urbanística porque se transformaron en jardines. El suyo se llama Marimurtra, ha cumplido su primer siglo de existencia, está considerado uno de los mejores de Europa y se encuentra en Blanes, puerta de la Costa Brava y uno de sus destinos más populares.

«¿Conoces el país donde florece el limonero? En la oscura fronda relumbran las naranjas de oro; una dulce brisa sopla desde lo azul del cielo; humilde se alza el mirto y el laurel con soberbia. ¿Lo conoces bien?». El país por el que pregunta la niña Mignon en *Los años de aprendizaje de Wilhelm Meister*, segunda novela de Johann Wolfgang von Goethe, es Italia, pero Carl Faust encontró la respuesta en las estribaciones de Blanes, la puerta de la Costa Brava. Todo en la vida de Carl nos lleva a pensar que él se sentía identificado con Wilhelm, el resignado protagonista de la novela de Goethe, un joven atrapado en la dedicación a los negocios familiares y obligado, en fin, a desterrar de su alma toda esperanza de expresión personal. La única diferencia entre Wilhelm y Carl es su *leitmotiv*: si bien la aspiración de Wilhelm era dedicarse al teatro, el anhelo de Carl Faust será siempre la naturaleza.

UNA PEQUEÑA CIUDAD DE ALEMANIA

Carl Faust Schmidt nació en 1874, solo tres años después de la unificación de Alemania, en Hadamar, una pequeña ciudad próxima a Fráncfort. Desde la infancia sintió una profunda curiosidad por la naturaleza, y sus aptitudes para la botánica no pasaron desapercibidas en su escuela. Los maestros del joven Faust trataron de convencer a sus padres de que el muchacho tenía futuro como naturalista, pero el patriarca, el agrimensor Conrad Faust, tenía otros planes para su primogénito, y no pasaban por pagarle una carrera científica de incierto futuro. Así pues, Carl tuvo que renunciar a la universidad, se matriculó en una escuela de formación profesional de Fráncfort, se especializó en gestión comercial, como quería su padre, y pronto empezó a ganarse la vida como administrativo en varias empresas alemanas.

En 1897, con solo veintitrés años, surgió la oportunidad de su vida. Un amigo de su padre, que trabajaba en la empresa Gebrüder Körting (hoy, Körting Hannover) le ofreció un empleo en la sucursal que iban a abrir en Barcelona. Körting se dedicaba a la venta de material industrial con la tecnología más avanzada del momento (válvulas, tubos, aparatos de ventilación...), un negocio muy boyante en plena segunda Revolución industrial. Carl Faust aceptó la oferta sin dudarlo. También él había sentido el «anhelo común a los europeos del norte por la belleza, calidez y placer de vivir en el Mediterráneo», como muy bien sintetizó Helena Attlee en *El país donde florece el limonero*.



Fuente de la plaza dedicada a Goethe en Marimurtra

En Barcelona se sintió de inmediato como en casa. Era bueno en su trabajo, contaba con una excelente formación técnica y humanística, hablaba castellano, y además en la Ciudad Condal medraba una nutrida colonia alemana —tres años antes de que llegara Faust, se había inaugurado en Barcelona la primera sede española del Colegio Alemán—. Él se unió a las entidades que representaban a la pujante burguesía, como el Círculo Ecuestre, y fue uno de los primeros socios del Fútbol Club Barcelona y el Club Natació Barcelona. También se hizo socio del Centre Excursionista de Catalunya, fundado en 1891, lo que le permitió conocer a fondo la región y quizá descubrir Blanes. Faust había encontrado el lugar donde encajar, y en las cartas que enviaba a su familia abundaban apasionadas descripciones de los árboles y plantas que veía. Su entusiasmo por la botánica no había mermado, sino más bien lo contrario.

EL SUEÑO DE MARIMURTRA

En 1907, diez años después de llegar, Carl Faust ya era el director de la delegación. No obstante, poco después decidió establecerse por su cuenta. Junto con otro socio, Wilhelm Kammann, fundó en 1909 una empresa que se dedicaría a ofrecer «soluciones para la conducción, regulación y control de fluidos en aplicaciones industriales, hidráulicas, neumáticas, climatización y fontanería», según rezaba la descripción de Faust y Kammann S. A. hasta su cierre, hace pocos años.

Con el esfuerzo de los dos socios, la empresa creció, abrió delegaciones en varias ciudades españolas y ni siquiera la Primera Guerra Mundial empañó su éxito. Ambos amasaron una considerable fortuna, pero en 1924 Faust dejó la gestión en manos de Kammann y se apartó del negocio, aunque no dejó de ser socio de la empresa. Acababa de cumplir cincuenta años y tenía otros planes de futuro. Siguiendo los pasos de Wilhelm, el héroe de su libro de cabecera, que trataba de escapar de la vida burguesa y los negocios para hacer realidad su vocación teatral, Faust iba a volcarse en su pasión por las ciencias naturales.

Desde 1918, Carl Faust había estado comprando parcelas en Blanes, tierras yermas o de viñedos junto al mar. Deseaba crear un jardín botánico; no solo paisajístico, sino un centro de estudio y conservación de especies. El emplazamiento que había elegido era perfecto para sus propósitos. La combinación del clima mediterráneo y la proximidad al mar ofrecía condiciones únicas para el cultivo de plantas de diversas regiones del mundo. En 1919, aun sin haber comprado todas las fincas que pretendía ni haberse apartado de su empresa, encargó al arquitecto Josep Goday, discípulo de Puig y Cadafalch, los planos



Carl Faust

de una casa con una gran biblioteca y un jardín. Goday, autor de los chalés novecentistas que aún se conservan en la playa de Sant Pol (ver «Vacaciones para jóvenes nazis»), contó con la colaboración del paisajista Joan Mirambell i Ferran. La casa, cuya construcción se prologó hasta 1926 y en la que Faust apenas residió, alberga hoy las oficinas de Marimurtra y es su acceso principal.

Mientras avanzaban las obras, Faust iba dando forma a la obra de su vida. Se llamaría Marimurtra, un nombre derivado de la combinación de las palabras *mar* y *murtra* («mirto», en catalán) que simboliza la fusión entre el paisaje marino y el reino vegetal, y que, de nuevo, evoca la obra de Goethe («... humilde se alza el mirto»).

La creación de Marimurtra no fue tarea fácil. Faust invirtió buena parte de su fortuna en la adquisición de los terrenos y, sobre todo, en la selección de especies. Para ello contó con la colaboración de ilustres botánicos y jardineros

de la época, como los suizos Josias Braun-Blanquet, Gustav Senn y Walter Kupper; los alemanes Alwin Berger, Erich Werdermann y Oscar Burchard, el austriaco Fritz von Wettstein, el sueco Robert Elias Fries, el checo Alberto Vojtěch Frič o los españoles Pius Font i Quer, Carlos Pau Español y Josep Cuatrecasas Arumí. Todos ellos aportaron sus conocimientos en el diseño del jardín, cuya estructura en terrazas se adapta al accidentado relieve y crea diferentes microclimas, lo que permite la coexistencia de plantas de distintas partes del mundo.



Primeras construcciones de Marimurtra

